



de Babilonia hizo alianza con Ciajares; pidió y obtuvo la hija del príncipe medo para su hijo, el famoso Nabucodonosor el Grande. Unidos de esta suerte el medo y el babilónico, sitiaron á Ninive los dos. Sarac ó Sardanápalo, perdiendo toda esperanza de defenderse, se quemó con su palacio. La gran ciudad fué tomada y aruinada en fin completamente. Con ella acabó el imperio de Asur para llegar á ser el de los Caldeos ó de Babilonia (1).

Nínive estaba situada sobre el Tigris, que la atravesaba sin duda por muchos canales. De aquí estas palabras del profeta: «Las puertas de los ríos son abiertas para inundar la ciudad y hacer de ella un estanque.» Los autores griegos refieren en efecto que la toma de Ninive fué determinada por una inundación del Tigris, que estaba muy crecido por abundantes lluvias. Esta inundación hizo caer gran parte de las murallas: así este mismo profeta las comparaba á higos maduros (2).

De tal manera desapareció esta ciudad famosa, que hoy no se encuentra ni aun el lugar donde estuvo. Únicamente se cree reconocer algunos vestigios sobre la orilla izquierda del Tigris, frente á frente de la ciudad actual de Mosul, que está sobre la orilla derecha, y que algunas veces se llama la nueva Ninive, porque se dice fué construida con las ruinas de la antigua.

Después del año 1842, la antigua Ninive, reducida al estado de esqueleto, y de esqueleto mutilado, parece querer salir de su tumba. Un sábio de Francia en Mosul, un sábio de Inglaterra en Bagdad, habiendo mandado cavar en el llano donde en otro tiempo estuvo la soberbia capital de la Asiria, la ciudad de Salmanasar, de Senaquerib, de Sardanápalo, exhumaron inmensos restos de palacios, con estatuas, pinturas é inscripciones; estatuas y cuadros cuya perfección ha podido servir de modelo á los griegos; pinturas que representan los triunfos y los banquetes de los reyes; triunfos y combates en donde el vencedor está acompañado de su ejército, con máquinas de guerra que se creían inventadas por los griegos ó por los romanos; pero en donde no se distingue ni

(1) Abud., *Apud. Fused. Chron.*, l. 1, c. 9.
(2) Diodoro, l. 2.

carro ni jinete, mientras que se ven entre los enemigos: la Escritura dice, en efecto, que los pueblos de Asur no conocían el uso de los carros ni de los caballos. Entre los enemigos y los prisioneros se reconocen evidentemente negros, y también probablemente medos, persas y judíos, en particular un príncipe vencido, quizá Oseas, último rey de Israel. Algunos prisioneros están sujetos con cadenas unidas á un anillo atravesado en el labio inferior. Senaquerib, amenazando con su cólera al rey de Judá, le dijo: «Te pondré un anillo en la nariz y una mordaza en la boca.» Entre otras cosas se ve la toma y el saqueo de Ecbatana por Nabucodonosor I, por otro nombre Saosduquim, cuyo general Holofernes fué después decapitado por Judit. Las pinturas y esculturas de los banquetes recuerdan el interminable festín de ciento ochenta días que dió Asuero á los grandes de su imperio en el palacio de Susa. Véase allí guerreros en traje de gala, con los cabellos y la barba cuidadosamente rizados y perfumados, sentados delante de mesas llenas de manjares, unos enfrente de otros, levantando sus vasos y bebiendo á la salud del vencedor. Las mesas cubiertas de manteles, los asientos, los vasos, son de bellissimo trabajo, y exceden en mucho á la industria moderna. Y en estos cuadros no se encuentra una sola figura de mujer, como no sea entre los cautivos que conducen los soldados. Las inscripciones que acompañan á estas esculturas y á estas pinturas están en forma de clavos ó de ángulos, y llamados por esta razón cuneiformes. Se espera poder descifrarlas un día y leer estos cánticos de victoria que han venido á ser inscripciones fúnebres (1).

Estos palacios fósiles de la antigua capital del Oriente son trasportados á Londres y á París, las dos capitales del Occidente moderno. Diríase que Dios prepara su gran juicio sobre las naciones, y que para esto reúne en un mismo lugar los cadáveres de aquellas mismas que murieron hace ya veinte siglos. En París, al lado de la columna del egipcio Sesostris, los restos de Ninive sirven para poblar el palacio de Luis XIV.

(1) *Anales de Filosofía Cristiana*, 3.^a série, t. 12, p. 122-147; t. 14, p. 240-242; t. 16, p. 145-149.

CAPÍTULO VI

Josias.—Principio de Jeremías.—Cautividad de Babilonia.—Nabucodonosor ve en la estatua de su visión la historia del mundo.—Daniel le da su explicación.—Ezequiel en la Mesopotamia.—Ruina de Jerusalem.

Amon, hijo de Manassés, tenía veintidos años cuando subió al trono. Imitó á su padre en todas sus impiedades, pero no en su penitencia. Después de dos años de reinado, fué muerto por los conspiradores, y estos por el pueblo, que estableció por rey á su hijo Josías, de edad de diez y siete años (1).

La corrupción y la idolatría, introducidas por Amon, parece que fueron las mismas durante la minoría del joven rey. Rodeado de una corte depravada, se podía esperar no solamente que dejaría obrar el mal, sino también que estimularía á él con su ejemplo. Por la misericordia del Altísimo sucedió todo lo contrario. Desde el octavo año de su reinado, décimosexto de su edad, Josías comenzó á buscar al Dios de David, su padre, y cuatro años después purificó á Judá y á Jerusalem de los bosques profanos, de los ídolos de escultura y de fundición. Hizo destruir á su presencia los altares de los Baalines, romper los simulacros que habían colocado sobre ellos. Destroza las obras de Astaroth y hace pedazos sus ídolos, arrojándolos sobre las tumbas de aquellos que les habían inmolado víctimas. Aún más, hizo quemar sobre los altares de los ídolos los huesos de sus sacerdotes, purificando de esta suerte á Judá y á Jerusalem. Lo mismo hizo en las ciudades de Manassés, de Efraim y de Simeon hasta Nefalí (2).

Para secundar el celo del rey, Dios suscitó al profeta Jeremías, hijo de Helcias, uno de los sacerdotes que vivían en Anathot, tierra de Benjamin, y este profeta exclamaba por los

(1) 4, Reg., 21, 18-24.
(2) 4, *Ibid.*, 22, 1-2.

años 617 á la edad de 15 años: «El Señor ha dicho: «Quiero hacer venir á las familias de los reinos del Aquilon, que colocarán sus tropas delante de las puertas de Jerusalem y de todas las ciudades de Judá (1).»

Otro profeta, Sofonías, por el mismo tiempo predicaba los juicios de Dios y la penitencia, reprobando á los príncipes sus idolatrías (2).

Para hacer comprender á las naciones que su único refugio es el de volverse á Dios, el profeta las anuncia que el mismo golpe herirá á las naciones limítrofes. «Gaza será destruida; Ascalon será un desierto; Azot será arruinada; Acaron derruida hasta en sus fundamentos; Canaan, país de los filisteos, quedará sin habitantes. Los restos de la casa de Judá formarán un lugar á propósito para pastos. Moab llegará á ser como otra Sodoma, los hijos de Ammon como Gomorra; su territorio no será más que una eterna soledad, el resto de mi pueblo lo saqueará, y los que de entre los míos sobrevivieren á su ruina, se harán sus dueños. El Eterno aniquilará todos los dioses de la tierra, á Él adorarán todas las islas de las naciones (3).»

Además de las palabras de estos dos profetas, un encuentro singular vino á aumentar el celo de Josías. El décimooctavo año de su reinado, después de haber girado una visita por su reino para destruir los monumentos de la idolatría, vuelto á Jerusalem, envió tres de sus ministros al gran sacerdote Helcias para concertar con él la reparación del templo. Como el grande sacerdote estaba ocupándose entonces

(1) 4, Reg., cap. XXII.
(2) Sofonías, l. 1, 18.
(3) *Ibid.*, 2, 1, 13.



en trasportar á este efecto todo el dinero reunido en el tesoro sagrado, encontró el libro de la Ley del Eterno escrito por mano de Moisés. Se cree generalmente que este fuera el ejemplar original del Deuteronomio, colocado cerca del arca, y del que debían tomar una copia todos los reyes. A consecuencia de los desórdenes en los reinados de Manassés y de Amon, pudo estar oculto este ejemplar en algun otro lugar. Helcias se le envió al rey con Safan, primero de los tres ministros de quienes ya hemos hecho mérito. Habiendo oido Josías las palabras de la Ley y los males con que amenaza á los trasgresores, rasgó sus vestidos, y dijo á Helcias y á cuatro grandes oficiales de su palacio: «Id y consultad al Eterno por mí y por todo lo que queda de Israel y de Judá sobre las palabras de este libro, que ha sido hallado.....» Helcias y los oficiales del rey fueron en busca de la profetisa Olda, mujer de Selo, que vivía en Jerusalem, y le hablaron segun la orden del rey. Ella respondió: «Así habla Jehová, Dios de Israel: Decid al hombre que os ha enviado á mí: Haré caer sobre este lugar todos los males y todas las maldiciones que están escritas en este libro, que ha sido leído delante del rey de Judá, porque me han abandonado, han quemado incienso á los dioses extranjeros para irritarme con todas las obras de sus manos (1)....»

Después de haber oido estas palabras Josías, convocó á todos los ancianos, sacerdotes y profetas y un numeroso pueblo se reunió en la casa del Eterno. El rey subió sobre la estrada de bronce, que desde tiempo de Salomon era el lugar de los reyes en el templo, y leyó á todos las palabras del libro de la alianza que había sido hallado. En seguida renovó al Eterno esta alianza: Que andarian en sus caminos, que observarían sus preceptos y todas sus ceremonias con todo su corazón y con toda su alma, y en una palabra, que cumplirían todo cuanto estaba escrito en aquel libro. Y el pueblo consintió en esta alianza.

Animados desde entonces de un nuevo ardor, Josías acabó de destruir los restos de la idolatría; todo cuanto había servido á Baal, á Astarté, no solamente fué arrojado fuera del templo, sino abrasado en el valle de Cedron, y

las cenizas trasportadas á Bethel. Se ve en esta ocasion cuán extenso era el culto de los dioses bajo el reinado de los reyes impíos de Judá. Habían establecido augures y sacrificados sobre los altos lugares para quemar incienso á Baal, al sol, á la luna, á los planetas y á todo el ejército del cielo. A la entrada del templo habían consagrado caballos y carros al sol. Para el culto de Astarté ó de la luna, había hasta en el templo hombres infames bajo tiendas que les preparaban sus mujeres. Acababa levantado altares profanos en la azotea misma de su cámara. Todo lo que quedaba de esto fué quemado y arrojadas las cenizas al torrente Cedron. Sobre la derecha del monte de las Olivas, conocido por esto con el nombre de monte del Escándalo, Salomon había edificado altos lugares á Astaroth, ídolo de los sidonios, en Camos, el escándalo de Moab, y en Melchon la abominacion de los ammonitas. Estos altos lugares, destruidos probablemente en tiempo de Ezequías, pudieron ser restablecidos después. Josías destruyó las estatuas, taló los bosques y los llenó con huesos de cadáveres. En la parte baja de esta montaña, en el valle del hijo de Ennon, se practicaba en particular el culto horrible de Melchon ó Moloch. El lugar se llamaba Tofeth ó Tambor, porque hacían allí tocar esta clase de instrumentos para ahogar los gritos de los niños que hacían pasar por el fuego ó que allí quemaban en honor del ídolo. Josías declaró á este lugar infame.

Para llevar más fácilmente á la unidad del verdadero culto al pueblo de Israel y con más eficacia, destruyó hasta los lugares donde el pueblo acostumbraba sacrificar al verdadero Dios; á los sacerdotes de la raza de Aaron que habían allí ejercido su ministerio, se les prohibió sus funciones sacerdotales en el templo; vivían solamente de las mismas ofrendas que sus hermanos. En cuanto á los sacerdotes de los ídolos, en las ciudades de Samaria y en otros lugares, fueron condenados á muerte sobre sus mismos altares. Entonces se cumplió lo que un profeta había predicho á Jeroboam, hijo de Nabat, trescientos cincuenta años antes. El altar y alto lugar que este rey había erigido á su be-

(1) 4, Reg., 22.



cerro de oro en Bethel, Josías le destruyó quemándolo y reduciéndolo todo á cenizas, así como el bosque de Astarté que se hallaba cercano. Habiendo visto sepulcros sobre esta montaña, hizo que recogieran los huesos y los quemó sobre el altar para hacerle aun más inmundo. Recorriendo estos sepulcros: «¿De quién es esta tumba que veo aquí?» preguntó. Los habitantes de la ciudad le contestaron: «Es el sepulcro del hombre de Dios, que viniendo de Judá predijo lo que vos acabáis de hacer sobre el altar de Bethel.» Y él dijo: «Dejadle, y que nadie toque sus huesos.» Y sus huesos quedaron intactos con los huesos del profeta de Samaria que le había persuadido se apartara de sus malos pasos contra las órdenes del Eterno.

Josías había vuelto á Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, segun lo que estaba escrito en la ley de Moisés. No hubo, ni antes ni después, un rey como este. No sucedió lo mismo con los grandes y con el pueblo; su conversion estuvo muy lejos de ser perfecta. También Jeremías levantó la voz para recordarles las misericordias del Eterno y para anunciarles el castigo.

Mientras que Jeremías anunciaba y lloraba las ruinas de Jerusalem, la muerte de Josías vino á ser su funesto preludio.

La caída de Nínive había hecho tomar las armas al faraon del Egipto. Este país, sumido en la anarquía después de la expedición de Senaquerib, había sido gobernado algun tiempo por doce príncipes. Psamético, uno de ellos, con la ayuda de los griegos que él había atraído y favorecido en su gobierno, se elevó sobre sus compañeros, haciéndose rey de todo el Egipto (670 antes de Jesucristo). En él empieza á esclarecerse un poco la historia egipcia, envuelta hasta entonces en densas tinieblas. Reconoce esto por causa las relaciones no interrumpidas que los griegos tuvieron desde entonces con este país. Puso sitio á la ciudad de Azot, que había tomado el rey de Asiria, Senaquerib ó Asarhaddon, y la sometió á su obediencia al fin de los 29 años (1). Los escitas, vencedores de los medos y dueños del Asia, avanzaban en la con-

(1) Herodoto, l. 2.

quista del Egipto. En vez de oponerse á su fuerza, Psamético los reunió en Siria y les obligó con presentes y con ruegos á que se volvieran á su país. Tuvo por sucesor un hijo, á quien los griegos llamaron Necos, y los libros santos Faraon-Necao ó Neco. En Maneton, Necao II, sexto rey de la vigésima dinastía. Su nombre se lee todavía en varias estatuas del Egipto. Emprendedor como su padre, comenzó el canal del Nilo al Mar Rojo, que concluyó después Darío, rey de los persas. Saliendo por el mismo mar, dió la vuelta al Africa en una embarcacion dirigida por fenicios, doblando el cabo de Buena-Esperanza y entró por el estrecho de Gibraltar y Mediterráneo á Egipto. Así que, temible por tierra y por mar, marchó hácia el Eufrates con un poderoso ejército para declarar la guerra á los medos y á los babilonios, que con Nínive habían destruido el imperio de Asiria. Temía por una parte ver á estos pueblos muy poderosos, y por otra ambicionaba para sí mismo la conquista del Asia. Empezó su ruta por la Judea.

Josías se adelantó contra él, ya como aliado del rey de Babilonia ó como rey independiente que no quería que un extranjero pasase por su territorio. Necao le mandó á decir por medio de sus embajadores: «¿Qué hay entre mí y entre tí, oh rey de Judá? No vengo contra tí hoy, sino que vengo á hacer la guerra á otra casa, contra la cual Dios me ha ordenado que marche; con diligencia dejad, pues, de oponeros á los designios de Dios, que está conmigo, no sea que os dé muerte.» Josías no quiso volverse ni quiso hacer caso á lo que Necao le dijo de parte de Dios; ¿estaría, por otro, obligado á creer en la palabra de un rey de Egipto? Siguió, pues, su marcha con objeto de presentarle batalla en los campos de Atageddo, llamado Atageddo en Herodoto, de la tribu de Manasés. Pero fué allí gravemente herido por los arqueros.

Sus soldados le trasladaron á Jerusalem, donde murió y fué sepultado en el mausoleo de sus padres. Todos los de Judá y de Jerusalem le lloraron, particularmente Jeremías, cuyas lamentaciones sobre la muerte de Josías se cantaban en Israel por músicos de ambos sexos, haciendo esto todos los años, como obe-



decidiendo á una ley. El dolor público fué tan grande, que se decía ya como en forma de proverbio: «Como el duelo de Adadremnon en el campo de Mageddon (1). Hé aquí el elogio que hizo del santo rey el hijo de Sirac: «La memoria de Josías es como un perfume de excelente olor, obra de admirable artista. Su recuerdo será grato á todos los hombres, como lo es la miel y los cánticos en medio de un festin. Fué dirigido por lo alto para hacer entrar al pueblo en su penitencia, é hizo desaparecer las abominaciones de la impiedad. Volvió su corazón hácia el Señor, y en los días del crimen supo asegurar la piedad (2).»

El pueblo de Judá tomó á Joacaz, conocido también con el nombre de Sellum, hijo segundo, y le colocó por rey en el lugar de su padre. Tenía veintitres años; cometió maldades delante del Señor, como sus antepasados, y no reinó más que tres meses. Parece que habiendo reunido tropas, atacó á Faraon-Necao (3). Jeremías dice con este motivo: «No lloreis su muerte, ni guardéis luto por él; antes bien, llorad á aquel que se va, porque no volverá más, no verá más el país de su nacimiento.» Pues hé aquí lo que dice el Eterno á Sellum, hijo de Josías, rey de Judá, que reina en lugar de Josías su padre, y que ha salido de este lugar: «No volverá jamás, sino que morirá en el lugar donde Yo le haré que se traslade, y no volverá á ver más esta tierra.»

En efecto, Necao, que había alcanzado grandes ventajas sobre los babilonios, tomó también, según algunos, la ciudad de Carkemis, hácia el Eufrates, hizo prisionero á Sellum en Rebla, país de Emath, provincia de Siria, y le llevó á Egipto, donde murió.

Pasando á Jerusalem el vencedor, colocó en el trono á Eliaquin, su hermano mayor, dándole el nombre de Joaquin, é impuso al país como tributo anual cien talentos de plata y un talento de oro.

Herodoto menciona la expedición de Neco y su entrada en Jerusalem. Refiere en el libro

(1) Zach., 12, 11.

(2) Ecl., 49.

(3) Ezequiel, 19, 4.

segundo que este rey libró una batalla á los sirios en Magdolo, les venció, y después se apoderó de Cadytis, ciudad de Siria, que era muy grande. En el libro tercero dice que esta ciudad de Cadytis, situada entre montañas en la Siria, llamada Palestina, no cedía en grandeza á Sardes, entonces capital, no sólo de la Lidia, sino de toda el Asia Menor (1). Esta descripción no puede convenir más que á Jerusalem, única ciudad de la Palestina que puede compararse con Sardes. En cuanto al nombre de Cadytis, hoy todavía la dan un nombre parecido árabe y sirio. La llaman *Cads*, *Cuds* ó *Alcuds*, la *Santa*. Las monedas de los judíos, de las que aún existen algunas, tenían por inscripción *Jerusalem-Keduscha*, Jerusalem la Santa. Por abreviación se la llamaría *Keduscha*, la que, en el dialecto de los sirios, habrían pronunciado *Kedutha*, siguiendo la costumbre que ellos tienen de cambiar la *sch* de los Hebreos en *th*. De *Kedutha* á Cadytis no hay más que la terminación griega.

De que los sirios y los árabes la dan hasta en nuestros días el nombre de *Cuds* ó *Santa*, se deduce que así la llamaban en los tiempos antiguos. Porque á todos los lugares de que se hicieron dueños, conservaron sus nombres primitivos; por ejemplo, á Tiro el nombre de *Sor*, á Palmira el de *Tadmor*, en Egipto el de *Mesr* ó *Mezraim*.

Eliakim ó Joaquin, á quien Faraon-Necao puso en lugar de su hermano Joacaz ó Sellum, tenía veinticinco años cuando comenzó á reinar: reinó once años en Jerusalem; pero cometió maldades delante del Señor, su Dios, como habían hecho sus predecesores. Jeremías, figura de Jesucristo, seguía amando á sus hermanos y llorando por ellos, exhortándolos á la penitencia y amenazándolos con las venganzas del cielo; pero ellos no le escuchaban. Los habitantes de su ciudad natal conspiraron contra él. Dios se lo hizo conocer.

Lejos de convertirse á las súplicas del profeta, no cesaban de conspirar contra él. «Venid, decían, y pensemos contra Jeremías, pues la ley no dejará de tener sus profetas; ofen-

(1) Herod., l. 2, núm. 159, l. 3, núm. 5.



dámosle con nuestras lenguas, y no hagamos caso de sus discursos... (1).

Cuando vió Jeremías que el ministerio profético no daba otros frutos que persecuciones, se quejó al Señor de haberle dado tal cometido á pesar suyo. «Me llamasteis, Señor, y he sido seducido. ¡Vos sois más fuerte que yo, y habéis prevalecido; yo soy objeto de irrisión, y todos se burlan de mí. (2).....»

Hasta aquí Jeremías se había dirigido al pueblo directamente, á los sacerdotes y á los magistrados; ahora Dios le envía al palacio del rey para que hable á este personalmente: «Oye la palabra del Eterno Rey de Judá, tú, que te sientas sobre el trono de David, tú y todos los que entráis por estas puertas.» Así habla Jehová: «Haced juicio y justicia; libertad al oprimido de las manos de su perseguidor; no contristéis ni al extranjero, ni al huérfano, ni á la viuda; no los opríméis con injusticias y no derrameis su sangre inocente en este lugar (3).

Los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo clamaban contra él diciendo: «Que muera, porque profetiza tales cosas en nombre del Eterno.» Uno de los personajes que más contribuyeron á librar de una muerte segura al profeta Jeremías fué *Ahícam*, hijo de Safan, dos nombres ya ventajosamente conocidos en la historia del santo rey Josías.

Otro profeta no pudo librarse de la muerte por la huida. Este era Urias, hijo de Semés de Cariathiarim. Profetizó contra Jerusalem y contra la tierra de Judá, según todas las palabras de Jeremías. El rey Joaquin, todos sus grandes y todos sus príncipes le oyeron. El rey intentó darle muerte. Urias huyó á Egipto. Joaquin le hizo salir de allí, le hirió con su espada, arrojó su cadáver en los sepulcros de los últimos del pueblo (4).

No se detuvo un punto la persecución á los hombres de Dios. Para uno que habían dado muerte se necesitan dos; pues según todas las

(1) Jeremías, cap. 18.

(2) *Ibid.*, cap. 20.

(3) *Ibid.*, cap. 22.

(4) *Ibid.*, 26, 20-23

probabilidades, por este tiempo profetizaban Joel y Habacuc.

El profeta Joel dice, después de algunas de sus profecías, que el Señor se llenará de celo un día por su tierra; perdonará á su pueblo, le dará la abundancia, no le dejará para oprobio entre las demás naciones; apartará de él á todos sus enemigos que habitan del lado del Aquilon, los caldeos, los arrojará á una tierra seca y estéril, los hará perecer, á unos en el mar de Oriente y á otros en el mar de Occidente; el aire será infectado con sus cadáveres.

El tercer año de Joaquin, Nabopolasar, rey de Babilonia, viendo que después de la toma de Carkemis por Necao, toda la Siria y la Palestina se habían separado de su obediencia, y que, por otra parte, su edad y sus enfermedades no le permitían ir en persona á reducir á los rebeldes, asoció al imperio á su hijo Nabucodonosor (1).

Desde entonces empiezan á contar los judíos los años de Nabucodonosor; pero los babilonios no hacen arrancar el reinado de este príncipe sino en la muerte de su padre, acaecida dos años después. Ambos cálculos se encuentran en la Escritura. Nabucodonosor se adelantó, pues, á la cabeza de un poderoso ejército contra Faraon, á quien derrota por completo.

El profeta añade que más tarde Nabucodonosor entraría hasta en Egipto, y se haría dueño de su territorio.

«Yo visitaré, en mi cólera, dice Jehová, á No-amon, á Faraon y al Egipto, á sus dioses y á sus reyes, y á Faraon y á todos los que se confían en él. Y yo les entregaré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia.....»

El vencedor, después de haber rechazado á los egipcios del Eufrates, reconquistó la Siria y entró en la Judea. A su llegada, los Recabitas se refugiaron en Jerusalem.

No parece que el pueblo se aprovechó mucho de las lecciones del profeta, pues poco después, acercándose Nabucodonosor á Jerusalem, se apoderó de ella, despojó el templo de todos sus

(1) Beroso, *apud. Joseph contra App.*, l. I.